

Chávez: componer como comer o dormir*

(50 años antes)

1. José Gorostiza: El agitador

La Orquesta Sinfónica de México está efectuando una temporada de conciertos que si no fuera por sí sola, cada año, el acontecimiento más importante de nuestro pequeño mundo artístico, lo sería esta vez a causa de la desolación que reina en los escenarios de la ciudad.

Hasta ahora se han tocado tres conciertos, pero no es mi propósito comentar aquí ni los programas ni su ejecución, porque con la música no sucede lo mismo que con la pintura, que se puede hablar de ella sin conocer otra cosa que una historia del arte bien ilustrada. Mis talentos musicales son tan escasos, por otra parte, que para tener una idea de la música he necesitado acogerme a cierta definición circunstancial de Jean Cocteau, quien la considera como un arte que "nos da la vuelta" —cito de memoria— por oposición a otras manifestaciones del arte, una escultura, por ejemplo, a la que generalmente los que le damos la vuelta somos nosotros. En efecto, yo nunca he podido decir si me gusta o no me gusta un trozo sinfónico cualquiera (y digo

trozo, porque, incapaz de una atención sostenida, sólo sé percibir la música a fragmentos, de suerte que el conjunto me parece siempre como mutilado, ni más ni menos que un Apolo arcaico), sino simplemente se me ha invadido o no, a fuerza de girar alrededor de mí. De suceder las cosas de otra manera me agradecería mucho dar el timo de crítico musical.

Pero la temporada de la Orquesta Sinfónica no consiste sólo en música. También representa un esfuerzo sostenido, una coordinación inteligente y una voluntad férrea. Es decir, un hombre. Un hombre a quien todo mundo conoce por sus hechos y porque, como nadie habla de él, excepto él mismo, el silencio le da un interés inusitado.

Carlos Chávez —éste es el hombre— fue mi amigo en una época en que los pocos años y las muchas esperanzas fortifican en seguida una amistad naciente. Por esta circunstancia me fue dado presenciar de cerca dos o tres etapas de su vida, entre ellas una amarga en la que tocaba el órgano en el cine Olimpia a cambio de un sueldo miserable, y no porque necesitara ganarlo, sino, lo que es peor, porque México le trataba mal —como acostumbra hacerlo con sus mejores artistas— y Carlos quería procurarse un medio de subsistir fuera de su patria. Había estado ya en Europa. Marchó entonces a los Estados Unidos. Y aunque poco a poco, primero con la ausencia y después en el distanciamiento, su presencia real ha llegado a serme indiferente, a partir de aquella época en que nuestra amistad quedó sellada con numerosas libaciones de café con leche y otros tantos proyectos absurdos de gloria, no me ha sido difícil seguir su derrotero.

He visto así cómo el muchacho rebelde de 1918, colocado diez años después frente a la necesidad de construir, hubo de sofrenar el espíritu de negación sistemática que anima a los jóvenes. La historia de Carlos Chávez es la historia, no consumada en él todavía, de este regreso al orden, a la medida, a la proposición, que efectúan por igual en un momento dado todos los artistas de todas las épocas. No se puede decir, por tanto, que se ha traicionado —como aseguran algunos— sino que continúa su evolución.

Ahora que si esto es claro para mí, comprendo que no lo sea para muchos profesionales o aficionados, románticos o ultraístas, que le juzgan con un criterio musical invariable. De éstos, unos, si Carlos Chávez toca a Beethoven, le condenan porque lo toca mal y si no, porque no lo toca, mientras que otros se encuentran, por semejantes razones, en una situación semejante de disgusto. En cambio yo, para explicarme mejor este mecanismo psicológico que se llama Carlos Chávez, he suprimido arbitrariamente al músico en el concepto que tengo de él. *Debo decirlo: No me gusta mucho como director de orquesta, pero como agitador me seduce francamente, porque es el caso que he dado en creer que*



* Carlos Chávez murió a principios de este mes. La revista de la universidad al recordar estos dos textos quiere rendirle un mínimo homenaje.



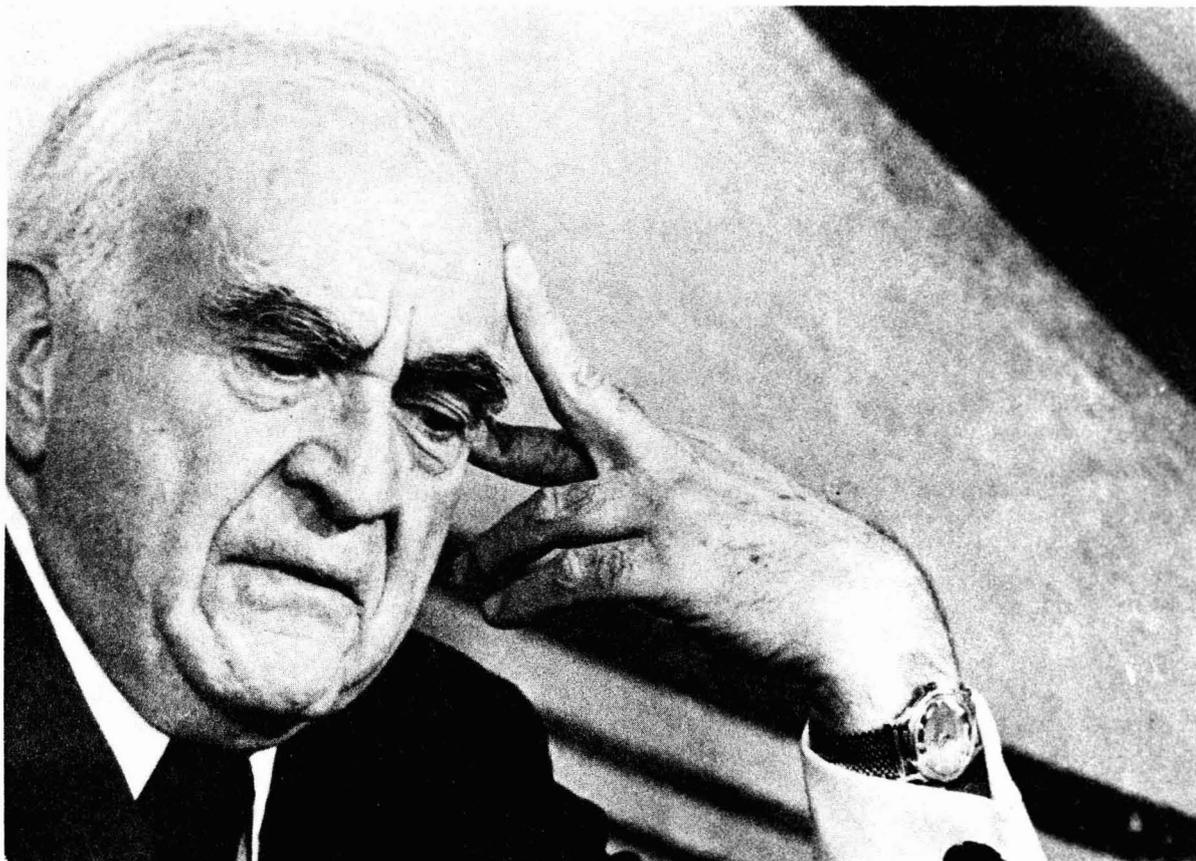
Carlos Chávez es sobre todo un agitador cuyo instrumento de agitación está por accidente en la música, como pudo estarlo en la política, si el día en que Chávez salió de casa con el ánimo de hacerse una profesión, en vez de dirigirse al estudio de Pedro Luis Ogazón, en San Angel, se hubiera dirigido a la Escuela de Jurisprudencia.

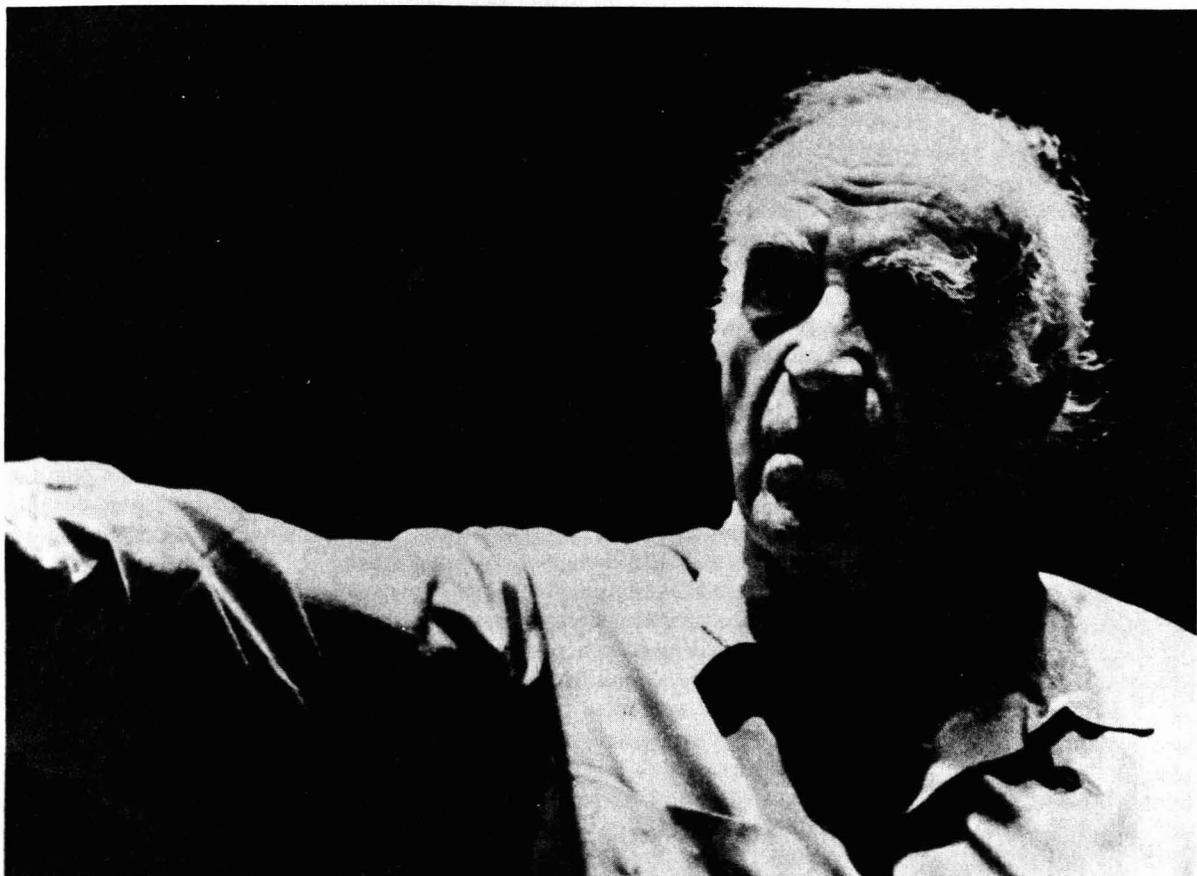
Y las razones en que me fundo para considerar este solo rasgo como característico de su fisonomía espiritual, me las proporcionan precisamente su música y su orquesta, es decir, ese más ancho espacio de fisonomía que no por serle igualmente propio le es igualmente característico. ¿Me explico? Mi cara es toda mía, pero puede suceder que sólo sea yo en un pliegue o una comisura. Así, volviendo a Carlos Chávez, lo mismo en "El Fuego Nuevo" que en "Los Cuatro Soles" —no he oído su H.P.—, se propone y resuelve con maestría problemas abstractos de técnica musical, pero en ninguna de ambas piezas consigue encuadrar un contenido. Para decirlo con mis propias palabras, la música de Chávez no invade al auditorio; en mi concepto, porque no la ha concebido en términos musicales, sino en términos plásticos que se desarrollan al margen de la audición. O de otro modo, el contenido de su música es extramusical y se requiere, para disfrutarlo, que el coreógrafo y el pintor nos lo revelen. Hasta la creación, pues, que es lo más estrictamente

individual en el hombre, Carlos Chávez la quiere colectiva. ¿No prefiere el ballet a las formas más íntimas de la música sinfónica? ¿No, encontrándose solo consigo mismo, a diferencia de quien sabe acompañarse de sí mismo, su obra, más que la revelación de un mundo interior, es una incitación a crearlo por medio de un esfuerzo combinado? En este sentido trascendental he dicho que Carlos Chávez es un agitador.

Si no, en otro campo, veamos cuáles son las cualidades sobresalientes de su orquesta. Oigo decir en los pasillos, durante un intermedio, que los conjuntos resultan bien por lo general, seguros y puntuales a las citas de la batuta, en tanto que la intervención de los solistas hace temer, por lo tímida, que se produzca un desastre; y oigo decir también que mientras Chávez ahoga en la orquesta los gritos y opaca la coloración —lo cual no puede menos que resultar en pérdida de matices— le imprime no obstante una exactitud y una fidelidad rigurosa que dicen mucho acerca del imperio que ha llegado a ejercer sobre ella en sólo tres años y a base de ensayos esporádicos e insuficientes. Si todo esto es verdad, no creo necesario asentar aquí mis conclusiones. El lector se me habrá anticipado.

Piénsese ahora que Carlos Chávez día a día, minuto a minuto, no sólo como director de la Orquesta Sinfónica —cuya sola existencia en México





es casi un milagro—, sino al frente del Conservatorio Nacional, celebra acuerdos, contesta correspondencia, dirige ensayos, publica una revista, da conferencias, escribe artículos, ataca, se defiende, coordina, arrastra y atropella y se verá que si lo más probable es que no consiga realizar mucho —como todo agitador—, conseguirá por lo menos hacerse añicos contra todos los obstáculos, para que otros cimienten el edificio musical de México sobre las ruinas de un Carlos Chávez demolido.

“Torre de Señales”, *El Universal Ilustrado*, noviembre 27, 1930.

2. Aarón Copland: el compositor

Carlos Chávez es uno de los mejores ejemplos que conozco de compositor absolutamente contemporáneo. Sin tratar conscientemente de ser “moderno”, pertenece a nuestra época, no sólo porque pueda, a veces, idear ritmos intrincados, porque prefiera la escritura lineal a la vertical, o porque componga ballets en lugar de óperas. Estas cosas no constituyen por sí mismas la música moderna. Chávez es esencialmente de nuestros días, porque usa sus dotes de compositor en la expresión de la belleza objetiva

de significación universal, mejor que en los medios de mera expresión personal. Para él, componer es una función natural, como comer o dormir. Su música no es un sustituto de la vida, sino una manifestación de la vida. Con ello evidencia la completa bancarrota de los ideales germánicos que tiranizaron a la música por más de cien años. La música de Chávez no propone problemas ni metafísicas. Es saludable, clara y limpia, sin sombras ni blanduras. Es ésta, si alguna vez ha existido, música absoluta.

Chávez pasó los años de aprendizaje en la ciudad de México, donde nació. Empezó a estudiar el piano a la edad de once, con una hermana suya, pero nunca quiso aceptar profesor de armonía ni de contrapunto. Leyó solo los libros de teoría, los comparó críticamente, examinó la verdad o la falsedad de sus reglas. Con instinto de autodidacta, rehusó guiarse por lo estatuído y hasta hoy usa su propia versión simplificada del signo convencional de la llave de sol. Un detalle, ciertamente, pero revelador de la independencia de su naturaleza.

El mismo cree que aprendió, en gran parte, a componer, analizando los trabajos de los maestros clásicos. Usándolos como modelo, había producido ya, antes de los veintiún años, un número considerable de trabajos. Un año más tarde, en 1921, compuso su primer ballet mexicano, “El Fuego Nuevo”.



Por primera vez dejaba a Europa para volver los ojos, en busca de inspiración, a las fuerzas vitales de su país. El compositor mismo no comprendió totalmente la importancia de este paso, hasta algunos años después, pero ya, desde entonces, había encontrado verdaderamente su camino.

La música ritual de los indios mexicanos es un rico venero de materia musical. Poco conocida aun en México, es difícil oír esta música que nunca ha sido tomada en serio por los músicos profesionales del país. Chávez había visitado a los indios cada año y se había empapado de su música mucho antes de que conscientemente pensara en ella como base de su trabajo. El punto que quedaba por resolver, era el de la mejor manera de emplearlo.

Es muy fácil crear una escuela nacional de música con ayuda de las melodías populares. Basta incorporarlas en una ópera o en un poema sinfónico. Pero este procedimiento esencialmente mecánico, rara vez puede satisfacer. Hay cierta congruencia inherente al intento de colocar temas simples populares, en composiciones de armonía sofisticada, y es todavía más difícil construir con ellos un largo y compacto edificio sinfónico. Fue en la última centuria cuando los Cinco Rusos introdujeron el nacionalismo en la música, por ese método. Desde entonces, todas las minorías raciales lo han adoptado como un medio de afirmar su independencia musical.

Chávez, en "El Fuego Nuevo", quiso hacer lo mismo. El uso de temas indios en este primer ensayo fue muy literal. Su modo, comparado con el que después ha logrado, parecía el modo un poco inorgánico con que Manuel de Falla ha empleado los temas españoles en sus ballets. Sin embargo, la siguiente composición de Chávez, "Tres Sonatinas", para violín y piano, celo y piano, y piano solo, escrita después de un intervalo de tres años, demuestra un adelanto considerable. La "Sonatina" para piano es la más característica del grupo. Es música fresca, original, de gran belleza y distintivo sabor mexicano. Ya no hay melodías indias mezcladas en esta composición. Chávez ha empezado a revisar el material de modo que sólo su esencia permanezca. Aquí y allí, puede distinguirse un fraseo característicamente mexicano, pero el elemento popular ha sido reemplazado por un sentido más sutil de las características nacionales. Como Debussy y Ravel reflejan la claridad, la delicadeza, la inteligencia y el dibujo preciso del espíritu francés, así Chávez ha aprendido a escribir música que aprisiona el espíritu de México, su alma latina, llena de sol. Con extraordinaria intuición, ha hecho en su trabajo más reciente una combinación de las dos maneras de nacionalismo, representadas respectivamente por las escuelas francesa y rusa. Así ha creado una tradición que ningún compositor mexicano del futuro podrá dejar de conocer. Si insisto en este punto, es porque comprendo que ningún otro compositor que haya usado material popular —ni siquiera Bela Bartok o

Falla—, ha resuelto con más éxito el problema de su completo amalgamamiento en las formas artísticas.

El segundo ballet mexicano de Chávez, "Los Cuatro Soles", basado en una leyenda azteca, es uno de sus más deliciosos trabajos. Está hecho con ritmos simples, dibujados, que dan a toda la composición un aspecto muy definido, inconfundible. Esta música fresca y vital tiene tan firmemente arraigadas sus raíces en una cultura antigua, que, a veces, toma algo de la monotonía de las danzas indias. Dos trabajos para pequeño conjunto son "Energía" para nueve instrumentos y "H. P., Baile de Hombres y Máquinas". El último fue tocado en Nueva York, pero no puede contarse entre los mejores trabajos de Chávez. Un delicioso sentido de humor se despliega en sus "Tres Exágonos", para voz y pequeño conjunto, y en su pequeña pieza para piano, "36". Es humor seco, mordente, sin traza de ironía ni de intentos maliciosos.

Indudablemente, su trabajo más maduro, hasta hoy, es el que terminó recientemente: "Sonata para Piano", en cuatro movimientos. Esta "Sonata" da una impresión confusa a primer oído, a causa de la técnica individual con que está escrita. Parece contener una profusión de gérmenes melódicos cortos, ninguno de los cuales se desarrolla de la manera usual, por lo que crea un sentido de incoherencia. Esto es también resultado del estilo, muy contrapuntístico. Las voces separadas se mueven de modo de producir un correcto enlace de disonancias agudas y repentinos unísonos brillantes. Agréguese a esto, una escritura especial de piano —delgada, dura y sin opacamiento de sonoridad— y es claro que sus trabajos presentan formidables dificultades hasta para el auditor más atento. Pero el frecuente trato con la "Sonata", me convence de que en estos cuatro movimientos altamente condensados, cada uno de los cuales parece estar envuelto en dificultades, Chávez ha puesto lo mejor de su ingenio. Contienen una cualidad personal que es imposible describir con palabras, pero que, después de todo, constituye el principal derecho del compositor a la originalidad.

Chávez, naturalmente, tiene sus limitaciones. —De espacio, tal vez de forma y melodía—. Sin embargo, es uno de los pocos músicos de América de quien se puede decir que es más que un reflejo de Europa. Nosotros —los Estados Unidos—, que hemos deseado por mucho tiempo la autonomía musical, podemos apreciar mejor la medida completa de esta conquista. No podemos, como Chávez, explotar recursos de ricas melodías, o perdernos en una civilización antigua, pero sí podemos estimularlos e instruirnos con su ejemplo. Porque Chávez, aunque está nada más, al principio de su carrera, no es precipitado decir que su trabajo se presenta como uno de los signos auténticos de un mundo nuevo con su propia música nueva.

De la revista *Contemporáneos* No. 7, agosto de 1928.